

y se llega á negarles el uso de sus trajes, prescritos no sólo por el hábito de nueve siglos, sino también por las leyes del Profeta.

No tardarán tampoco en caer sus monumentos: un emperador orgulloso, á quien el espacio de dos mundos parece estrecho campo para sus conquistas, aplastará con la inmensa mole de su palacio los más hermosos salones de la Alhambra; caerán uno tras otro los gigantescos torreones de sus antiguos muros; sentarán los conquistadores sus viviendas sobre los castillos; levantará el cristianismo sus templos con los escombros de las mezquitas que adorna el oro y la deslumbrante pedrería. Después de los reyes y los prelados conspirará contra sus bellos edificios la misma naturaleza: violentos terremotos agitarán la tierra y sacudirán las obras de los Alhamares; devorarán incendios espantosos las artesonadas techumbres de su más rico alcázar. Invadirá la nueva población los esmaltados cármenes que fueron el placer de las sultanas, y se desgarrará el manto de flores con que la ciudad se cubre. Coronarán la obra de destrucción las revoluciones y las guerras: vendrá día en que el viajero apenas reconozca la ciudad de los árabes más que por su vega, su claro sol y su estrellado cielo.

Con razón, con sobrada razón llora Boabdil: ve cruzar ante sus ojos las sombras de lo futuro y llora sobre los destinos de su patria. Desaparecerá con los monumentos hasta el pueblo para que fueron creados. Obedecerá por algún tiempo el vencido morisco las impías órdenes de sus nuevos reyes; pero llegará día en que arrebatado por la desesperación, levantará sus manchados pendones sobre los muros de su Alcazabá, y desafiará el poder de uno de los más grandes monarcas de la tierra. Alzará un rey sobre su escudo y combatirá sin tregua; herido y ensangrentado seguirá aún con furor la desigual pelea; crecerá en valor con las derrotas, y llegará á conmover con su heroísmo los últimos límites de Europa. Desdichado como siempre, caerá vencido bajo la espada de D. Juan; y después

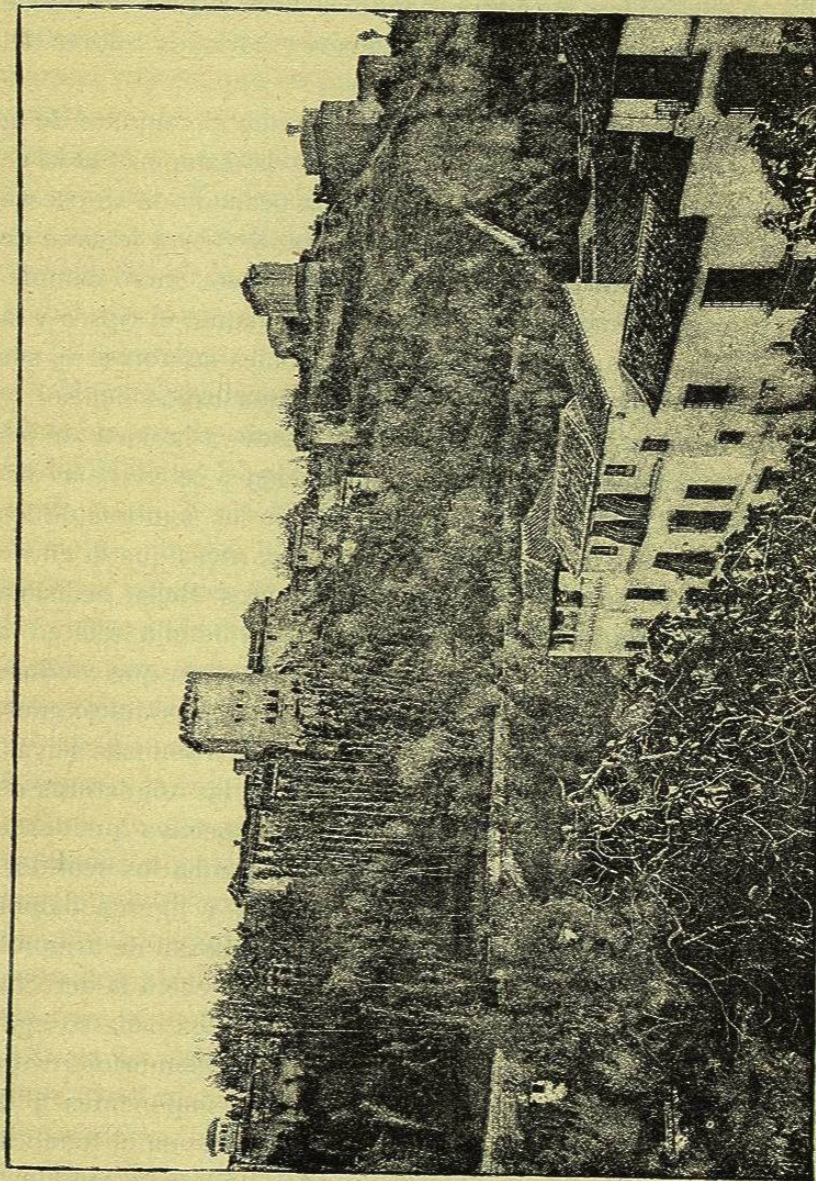
de haber visto sumidos en barrancos de sangre á sus mejores hijos, después de haber sobrellevado mil ultrajes, deberá huir para siempre de sus hogares y buscar en extraño suelo la caridad que no abrigan ya sus cristianos vencedores. Maldecido, proscrito, errará de pueblo en pueblo con su esposa y sus hijos sin ver una lágrima de compasión en los ojos de sus enemigos.

Despojada la ciudad de los que la fundaron, languidecerá de día en día; morirá sin sentirlo, y sin sentirlo bajará al fondo del sepulcro. Apagará la industria su voz y caerá en el más profundo abatimiento. Perderá el campo sus más vivos matices, cesará el murmullo de las aguas que trasmontaban sus más altos cerros. Quedará acallado para siempre el bullicio de sus zambras y festines, que en vano se procurará sustituir con el monótono rumor de sus tribunales, su universidad y sus ferias. Será al fin una ciudad sin movimiento ni vida, una ciudad triste, triste sobre todo para el que no sepa sentir ni á la sombra de los álamos y laureles que pueblan las faldas de sus siete colinas, ni en las márgenes de ríos que pasan ahocinados bajo frescas arboledas.

Así la vais á encontrar hoy, viajeros, vosotros que movidos por su fama venís quizás de muy lejanas tierras para ver á la émula de Bagdad y de Damasco. Si amáis la naturaleza, si gustáis de penetrar en los escombros de lo pasado, si habéis aprendido á leer en las piedras caídas de los antiguos monumentos, os esperan aún horas de placer, momentos de deliciosa calma, goces inefables, impresiones que no trocaríais luego por las que hayáis podido recibir en las melancólicas ruinas del Oriente; si buscáis la animación febril de nuestro siglo y no acertáis á vivir sino entre el estruendo de los talleres y la incessante agitación del comercio, volveos, porque no os esperan sino horas de fastidio. En pocas de sus calles encontraréis movimiento: están en su mayor parte silenciosas, desiertas, y no sentiréis sino lo incómodo de su piso y lo fatigoso de sus ásperas pendientes. Plazas en mejores tiempos animadas por un

inmenso gentío deseoso de presenciar las luchas de caballeros ricamente armados, yacen hoy poco menos que en la soledad y el silencio; barrios que rebosaban de población, ven hoy desplomarse bajo el peso del tiempo sus casas y sus calles sin que haya quien reconstruya sus muros ni quien recoja sus escombros; alcázares que vieron coronados de lanzas sus torreones y pobladas de embajadores y príncipes sus salas, repiten hoy los pasos del que huella sus pavimentos imponiéndole con largos y misteriosos ecos. Todo refleja el abatimiento á que vino la que fué un día reina de uno de los más bellos imperios de la tierra.

En cambio, ¡qué de bellezas no cuenta en su recinto! Atraviésala el Darro, el río de las arenas de oro; lame sus murallas el Genil, al que aquél presta sus aguas. Corre el Darro dentro de un ancho cauce en cuyos sillares se refleja la mano de la antigua Roma; angóstase al pasar junto á la risueña colina en que ostenta la Alhambra sus cien torres; y en aquella angostura ¡cuán bellas no son sus márgenes! Tienden acá y acullá los árboles sus ramas; una que otra quinta blanquea en la espesura; corre bajo el follaje el agua; suspira el aura entre las flores; gorjean las aves. Desliza el Genil su cristalina corriente entre frondosos álamos; y después de rugir entre las ruedas de los molinos situados alegremente en las faldas de San Cecilio, murmura bajo un hermoso puente que se distingue entre la vegetación más rica y caprichosa. Adornan las orillas de este río paseos, fuentes, huertas y jardines: á la vista de tan deliciosos cuadros, en medio de tanta frondosidad, bajo tanta frescura, serénase el espíritu, depúrase el corazón y se extasían los sentidos. Dirígese el viajero á la Alhambra, y no ve á su alrededor más que alamedas cuya profundidad querrán en vano medir sus ojos; penetra en el Generalife, y apenas se atreve á separarse del pié de aquellos laureles gigantescos, sobre cuyas cúspides sacudieron su manto de nieblas más de cinco siglos. Fíjase en Sierra Nevada y goza al ver en ella reflejados los

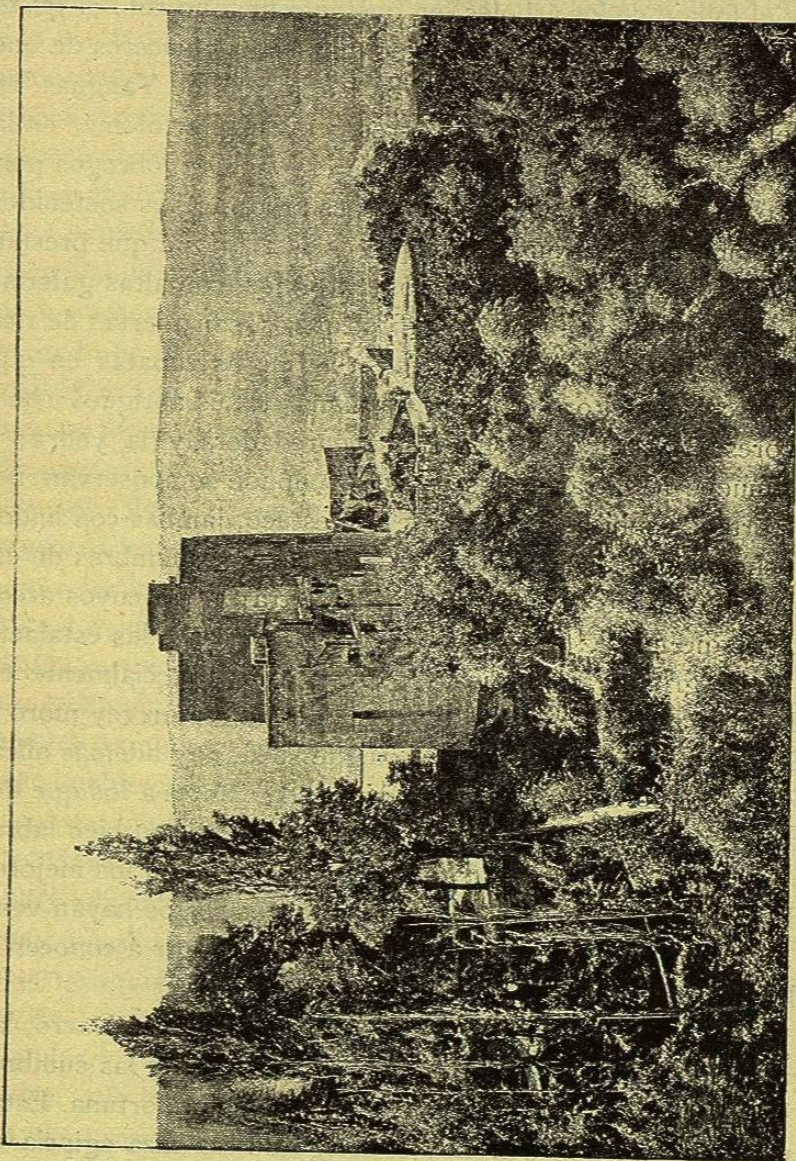


GRANADA

VISTA GENERAL DE LA ALHAMBRA

bres, de nieves eternas, de espantosos tajos y torrentes, de bosques salvajes cuya profundidad animan tan sólo los gritos de las fieras; está vestida de flores en verano, cubierta en lo más alto de humildes plantas polares, embellecida en lo más bajo por el naranjo y la palmera, cruzada de trochas abiertas entre precipicios, dotada de un carácter severo, sobre todo en los Hornajos, donde crecen las aguas de los lagos al pié de triples y cuádruples líneas de cerros dibujados constantemente sobre el fondo de montañas azuladas. La Sierra Elvira es baja, monótona, oscura, sin una flor en verano, sin un copo de nieve en el invierno. En vano el labrador hinca allí la reja del arado; en vano derrama allí el cielo el agua de sus nubes: sécase el agua y derrítase la nieve apenas la tocan. No tiene otras aguas que las de una caverna; y aun éstas, lejos de presentar la frescura de las de otras sierras, parecen templadas por hogueras ocultas en el seno de tan misteriosos montes. Es aquella sierra imagen de la vida, y ésta de la muerte.

Es interesante Granada por su posición y su hermosura y no deja de serlo aún por sus monumentos, aunque ya desfigurados por las injurias del tiempo y el mal gusto de los restauradores. Descúbrese aún en todas partes la mano de los árabes, de ese pueblo de ardiente fantasía, que no satisfecho con soñar aéreos palacios para sus monarcas, cubrieron de caprichosas labores los muros de sus casas y convirtieron en moradas de placer las más oscuras viviendas. El Albaycín, barrio construído por los moros que venían huyendo de Baeza cuando la ganó San Fernando, lugar fragoso donde la independencia de Granada tuvo su último baluarte y el desventurado morisco su postrer asilo, altura llena en mejores días de vida y movimiento donde más hicieron oír su voz las artes, aun hoy que está casi desierto, abandonado, cubierto acá y acullá de ruinas, ocupado en muchas calles no ya por casas, sino por humildes chozas que crecen entre los nopales, aun hoy que cuenta cinco siglos de restauraciones, detiene á cada paso al viajero con restos, ya



GRANADA

TORRES BERMEJAS

ennegrecidos por el humo del hogar, ya medio ocultos por la cal y el follaje de los árboles, en que se refleja no sólo el gusto arquitectónico de aquel pueblo, sino también los placeres de que disfrutaba en el seno de la familia. En la calle de Yanguas, en la del Agua, en la de los Oidores, en San Bartolomé, en la cuesta del Chapiz, descúbrese aún en el fondo de lóbregos portales patios llenos de luz con elegantes arcos árabes sostenidos por columnas de mármol con pequeños estanques á que prestan sus aguas fuentes abiertas en los extremos, con altas galerías de madera protegidas por magníficos aleros, con puertas de rica tracería cuyos ejes ruedan dentro de hermosas zapatas en que todavía chispea el oro con que las bañaron sus antiguos constructores. Adorna estos patios la enredadera y la yedra; y todo mueve á entrar en los aposentos donde se conservan bellas portadas cubiertas de labores de estuco, jambas con lindos babucheros, paredes cuajadas de arabescos, techumbres de estrellados artesones, ligeros alhamíes al través de cuyos arcos se distingue tal vez pequeñas bóvedas parecidas á las estalactitas de las grutas. En algunas de estas casas, especialmente en la del Chapiz, que la tradición hace palacio de un rey moro y la historia aduana de manufacturas de seda, hay además alicatados, capiteles de delicadas molduras semejantes á los que decoran los monumentos persas, esbeltos ajimeces con bien labradas celosías, primorosos adornos que rivalizan con los mejores de la Alhambra. ¡Lástima que tan suntuosos restos hayan venido á ser el abrigo de gente que no puede llegar á conocer la belleza de los lugares que habita! (1)

La casa del Carbón, los baños de las orillas del Darro, las gigantescas Torres Bermejas que coronan una de las cumbres de la Alhambra, no han llevado tampoco mejor fortuna. Estas y la casa del Carbón son hoy el abrigo de esa raza egipcia en cuya frente está sellada aún la ignominia y el desprecio de nues-

(1) Véanse las láminas de las pág. 409 y 413.

tras sociedades: los baños sirven de lavadero, y húmedos y sumergidos como están en las tinieblas, producen dolorosa impresión en todo hombre que ama las artes. Consérvase aún de estos baños un hermoso patio y algunos de los cuartos que fueron salas de descanso; pero no llama la atención sino una como galería, cuyos arcos, sostenidos por columnas de mármol, corren al rededor de un aljibe cubierto por una estrellada bóveda. Los ricos y variados capiteles de las columnas, la bella distribución de la galería, la opaca luz que la ilumina, la severidad de los arcos que cobijan sus oscuros corredores, hasta lo descarnado de sus muros les da cierto interés que en vano buscaríamos ni aun en la puerta de la casa del Carbón, donde hay uno de los más bellos arcos de herradura que ha podido trazar la mano de los artistas musulmanes. Decoran esta portada un recuadro lleno de hojas y flores enlazadas, una hermosa faja de letras africanas, un ajimez ya sin columna y dos pequeños arcos sobre los cuales corre un bellissimo calado de estuco; pero está de tal modo jalbegada y destruída por los restauradores, que ni los restos de bóveda estalactítica que se distingue detrás de su archivolta, ni el recuerdo de haber sido lugar donde se celebraron zambras y festines (1), ni la gloria de haber abierto paso al humilde coliseo de Lope de Rueda, que representaba en él sus propios dramas, ni el hecho de estar esculpida en ladrillo la brillante ornamentación de su recuadro, logran suplir la belleza ni la armonía que le han ido arrancando el tiempo y las invasiones sucesivas de los estilos de otras épocas. Las Torres Bermejas, levantadas, según algunos, sobre cimientos fenicios, guardan todavía el adusto carácter que les comunicaron los moros al edificarlas contra los rebeldes mozárabes del barrio de San Cecilio, y lo conservan á pesar de las reparaciones que en ellas hizo el marqués de Mondejar; pero desnudas de adornos, como

(1) Créese que sirvió además para dar hospedaje á los correos y destacamentos de caballería que andaban recorriendo la Vega.

suelen estar las torres destinadas exclusivamente á la defensa, tampoco presentan interés sino por la profundidad de sus muros, su color sombrío y su imponente mole.

La arquitectura árabe, caprichosa y rica en los palacios, era dura, severa, inflexible en todo lo que concernía á la fortificación, murallas, puertas, castillos, alcazabas. Véase, si no, esos vastos lienzos de argamasa que circuyen aún gran parte de la ciudad antigua, esos altos torreones que á trechos los defienden, esa Puerta Monáica que se conserva en la Alcazaba al pié de uno de los más altos cubos, puerta ya medio cegada, cuyos arcos de ladrillo, abiertos bajo un ancho friso, presentan una de las más gentiles curvas usadas por los árabes, esotra puerta ojival de Fajalauza, á que llamó de noche Boabdil al volver de su primitivo cautiverio, la tan celebrada de Elvira, grandioso arco ultrasemicircular trazado entre dos muy altas torres, al través de cuya espaciosa área se distingue otras dos curvas de igual género, mucho más bajas y ligeramente apuntadas en forma de ojiva (1); ese castillo de Biv-Taubin, junto á cuyas recias y almenadas torres levantó el siglo pasado uno de los más bárbaros monumentos que en períodos de decadencia puede concebirse. No se refleja ya en esos notables restos la mano de un pueblo voluptuoso que necesite respirar un aire perfumado por las flores de sus patios y descansar en ricos divanes de oro y seda á la luz que derramen sobre sus salones las celosías de sus ajimeces; se refleja la mano de un pueblo fuerte, guerrero, ardiente, que arrostra con serenidad el peligro, crece con el calor de las batallas, y acepta por pasatiempo y fiesta los comba-

(1) Junto á estos dos arcos se lee: *ad florentissimam totoque orbe nimis nominatam urbem granatensem Doctor Petrus de Antequera et Arteaga complutensis in eadem urbe prætor regius anno J. C. D. C. X. epigrama:*

Bella Granata, vale, multis decorata tropheis:  
O decus Hesperiae, bella Granata, vale.  
Bella Granata, vale, doctorum luce coruscans,  
Moribus et castris, bella Granata vale.  
Bella Granata, vale; valeat quoque curia regis  
Aurigerique duces: bella Granata, vale.

Bella Granata, vale, monachi cum tute valet,  
Doctoresque pii: bella Granata, vale.  
Bella Granata, vale, florens vallisque senatus,  
Hincque tui cives: bella Granata, vale.  
Bella Granata, vale, mari eque dona poetæ  
Perpetuoque mihi, bella Granata, vale.

tes. Los árabes eran tan afeminados en la paz como feroces en la guerra; y está indudablemente retratado en sus monumentos ese doble aspecto de su carácter. Á no ser por la identidad de curvas empleadas en unos y otros edificios, ¿quién después de haber visto esas puertas y murallas, sólo notables por su solidez, atribuiría al mismo pueblo que las construyó casas como la de D. Emilio del Pulgar, palacio en otro tiempo de la hermosa Moraima y la orgullosa Aixa (1)?—Penétrase en ellas por un jardín que tal vez ocupe quizá el mismo lugar donde estuvieron las huertas mayor y menor de la Almanjarra. Hay en este jardín una larga calle de laureles, cuyos enlazados ramajes forman espesas bóvedas, y al fin de ella un salón ya muy restaurado en cuyos cuatro muros están abiertas otras tantas curvas dentelladas que dan paso á los cuatro interiores. Cúbrela una rica techumbre de madera, labrada en forma de cúpula; anímala con el murmullo de sus aguas una fuente abierta en su pavimento de mármol; adórnala en la parte inferior fajas de preciosos alicatados, y en la superior lindos ajimeces con caladas celosías; y no parece sino morada del placer á pesar de haber perdido en gran parte sus relieves de estuco y no conservar sus antiguos atauriques de hojas y flores sino en el intrados y las entjutas de sus arcos, entre los cuales el de la entrada es aún riquísimo en dorados y colores. No respetaron sino este cuarto los siglos; y él solo bastaría á patentizar la antítesis que supongo entre los monumentos militares y los civiles de los árabes.

De sus monumentos religiosos apenas podemos formar idea por lo que existe en esta ciudad, donde en los primeros años de la conquista se derribó ya sus mezquitas. Á las orillas del Genil, no lejos de un puente que conduce á la carrera del mismo nombre, hay una pequeña ermita consagrada á San Sebastián,

(1) Estas casas, conocidas con el nombre de Cuarto Real, fueron cedidas por los Reyes Católicos al célebre Fr. Tomás de Torquemada, con el objeto de que fundase el próximo convento de Santo Domingo. En 5 de Abril de 1492 tomó posesión de ellas el P. Fr. Alonso de Velizo y se comenzó la obra.